

Volvió poco despues á Bitinia á defender la causa de uno de sus clientes. Su asidua presencia en la corte de Nicomedes dió pretexto á una acusacion de vergonzosa condescendencia. Pero las relaciones de César con los Bitinios se esplican naturalmente por los sentimientos de gratitud nacidos de la hospitalidad que de ellos habia recibido: esta fué la razon que le movió á defender siempre sus intereses, y mas adelante á constituirse en patrono suyo, segun resulta del fragmento de una oracion conservada por Aulo-Gelio(1). Tanto se desnaturalizaron, sin embargo los motivos de su conducta, que en ciertos debates del senado, y hasta en los cantares de los soldados que seguian su carro triunfal, se encuentran alusiones injuriosas (2). Pero aquellos

[1] C. César, sumo pontifice, en su discurso en favor de los Bitinios, se espresa así en el exordio. "La hospitalidad que he recibido del rey Nicomedes, el vínculo de amistad que me une á los encausados, no me han permitido ¡oh Marco Junco! declinar este oficio [*el de ser el abogado de los Bitinios*]; porque la muerte no debe borrar en sus allegados la memoria de los que han vivido, y no se puede, sin la última ignominia, abandonar á los clientes, á quienes debemos apoyo inmediatamente despues de nuestros allegados."—Aulo-Gelio, V. XIII.

[2] Nada dañó á su reputacion tocante á la pudicia, dice Suetonio, salvo su residencia en la corte de Nicomedes; pero el oprobio que de ello le resultó, fué grave y duradero, y le espuso á las burlas de todos. Nada diré de aquellos versos tan conocidos de Calvo Licinio:

..... Bithynia quidquid
Et pedicator Cæsaris unquam habuit.

"Callaré los discursos de Dolabela y de Curion el padre..... Tampoco me pararé en los edictos con que Bibulo afrentaba públicamente á su colega, llamándole *reina de Bitinia*..... M. Bruto nos cuenta que un cierto Octavio, á quien por estar algo loco le era permitido decirlo todo, encontrándose un dia en una reunion numerosa, llamó á Pompeyo *rey*, y luego saludó á César con el nombre de *reina*. C. Memio, le acusa tambien de haberse mezclado con otros libertinos para presentar á Nicomedes las copas y el vino de la mesa; y cita el nombre de varios tratantes romanos que se hallaban entre los convidados..... Ciceron le apostrofó un dia en pleno senado, cuando con ocasion de defender César la causa de Nisa, hija de Nicomedes, recordaba lo mucho que debia á aquel rey. 'Dejemos ese punto yo te lo ruego, exclamó Ciceron, harto sabemos lo que te dió y lo que tú le dista.' En su triunfo sobre los Galos, los soldados, entre los versos satiricos que suelen cantar cuando van siguiendo el carro del general, repitieron estos que son muy conocidos:

sarcasmos en que apuntaba mas odio que verdad, como dice el mismo Ciceron, *magis odio firmata quam presidio* [1], no fueron divulgados por sus adversarios hasta mucho despues, es decir, en una de aquellas épocas de efervescencia en que los partidos políticos, para desacreditarse mutuamente, no retroceden ante ninguna calumnia (2). A pesar de la relajacion de las costumbres, nada era mas capaz de dañar á la reputacion de César que aquella acusacion, porque semejante impudicia, no solo era objeto de reprobacion en las filas del ejército (3); mas cometida con extranjero, hubiera sido el mas degradante olvido de la dignidad romana. Así César, cuya aficion á las mujeres debia ponerle á cubierto de semejantes sospechas, las rechazaba con justa indignacion (4).

Despues de haber hecho sus primeras armas en el sitio de Mitilene, César sirvió en la escuadra del procónsul P. Servilio (676), encargado de hacer la guerra á los piratas cilicienses, y que recibió mas adelante el dictado de *Isáurico*, por haberse apoderado de Isaura, su principal madriguera (5), y haber hecho la conquista de una parte

Gallias Cæsar subegit, Nicomedes Cæsarem.
Ecce Cæsar nunc triumphat, qui subegit Gallias.
Nicomedes non triumphat, qui subegit Cæsarem.

[Suetonio. César, XLIX].

[1] Ciceron, *Cartas á Atico*, II. XIX.

[2] Estos rumores, como otras calumnias, los propagaron los enemigos de César, tales como Curion y Bibulo, y se repitieron en los ridiculos anales de Tanusio Gémino [Suetonio, César, IX], cuya autoridad negaba Séneca. "Bien sabes que no se hace caso de esos anales de Tanusio y qué nombres se les da." [Séneca, *Epístola* 93]. Catulo, [XXXVI, 1] nos da el término de desprecio á que alude Séneca [*caecata charta*].

[3] "Mario tenia en su ejército un sobrino llamado Cayo Lucio, que llevado de una vergonzosa aficion á uno de sus subordinados, intentó sobre él un acto de violencia: este desenyainó su espada y le mató. Citado ante el tribunal de Mario, en vez de castigo recibió los mayores elogios del cónsul, el cual le dió una de aquellas coronas que son la recompensa ordinaria del valor."—Plutarco, *Mario*, xv.

[4] "César no llevaba á mal que le acusasen de haber amado á Cleopatra, pero no podia sufrir que se dijese que le habia amado Nicomedes: *jura-ba que era una calumnia*."—Xifilino, *Julio César*, p. 30, edic. de Paris 1678.

[5] Orosio, V, XXIII.

subió de punto con aquel proceso la popularidad del acusador, el cual probablemente tomaria tambien la palabra en otras causas cuya noticia no ha llegado hasta nosotros. Tácito habla de un alegato de César en favor de un tal Decio el Samnita (1), sin duda el mismo á quien nombra Ciceron, y que, huyendo de la proscripción de Sila, habia sido benévolamente acogido por Aulo Cluencio (2). De esta suerte se presentaba César resueltamente como el defensor de los oprimidos griegos ó samnitas, que tanto habian padecido bajo el régimen anterior, habiéndose especialmente captado el favor de los primeros, cuya opinion, de grande influencia en Roma, contribuia á formar las reputaciones.

Seguramente aquellos ataques eran un gran medio de atraer sobre sí la atencion pública, pero anunciaban tambien mucho valor, puesto que los partidarios de Sila estaban todavia en el poder.

V. A pesar de la celebridad adquirida como orador, César resuelto á permanecer extraño á los disturbios que agitaban á Italia, consideró sin duda su presencia en Roma inútil para su causa y embarazosa para él. Suele ser provechoso á los hombres políticos desaparecer momentáneamente de la escena, con lo cual evitan comprometerse en luchas diarias sin importancia alguna, al paso que su reputacion, en vez de disminuir, crece con la ausencia. Durante el invierno de 678, César dejó, pues, de nuevo á Italia, con la mira de ir á Rodas á perfeccionar sus estudios. Era entónces aquella isla el centro de las luces; en ella tenian su residencia los mas célebres filósofos, y en tal concepto era la escuela á donde acudian los jóvenes de buena familia; el mismo Ciceron habia ido á instruirse pocos años ántes.

Durante la travesía, apresaron á César unos piratas cerca de la Farmacusa, isleta del archipiélago de las Esporadas, á la entrada del golfo de Iaso (3). A pesar de la campaña de P. Servilio Isáurico, aquellos piratas seguian infestando la mar con numerosas escuadras; veinte talentos (sobre veintidos mil duros) le pidieron por su rescate; él

(1) *Diálogo sobre los oradores*, XXI.

(2) Ciceron, *Oracion en favor de Cluencio*, LIX. Los manuscritos de Ciceron dicen *Cn. Decitius*.

(3) Esta isla, llamada hoy Fermaco, se halla á la entrada del golfo de Assem-Kalesi. Plinio y Estéban de Bizancio son los únicos geógrafos que ya mencionan, y el último nos dice, además, que allí fué donde Atalc, el célebre teniente de Filipo de Macedonia, fué muerto por orden de Alejandro.

les ofreció cincuenta, lo cual naturalmente debia darles una alta idea de su cautivo y asegurarle mejor trato; y envió á sus confidentes, entre otros á Epicrates, uno de sus esclavos milesios, á buscar aquella cantidad á las ciudades cercanas (1). Aunque las provincias y las ciudades aliadas tenian la obligacion, en tales casos, de aprontar el rescate, no por eso es cosa ménos curiosa ver, como prueba de la riqueza de aquellos países, á un joven de veinticuatro años, cautivo en una isleta del Asia Menor, encontrar inmediatamente quien le prestara tan cuantiosa suma.

Solo con un médico y dos esclavos (2) en medio de aquellos desalmados bandidos, logró dominarlos con su ascendiente y pasó cerca de cuarenta dias á su bordo sin quitarse nunca el calzado ni el ceñidor, para ahuyentar toda sospecha de querer escaparse á nado (3). Méno que un cautivo, dice Plutarco, parecia un príncipe rodeado de su guardia; unas veces jugando con ellos, otras recitándoles poemas, inspirábales afecto y temor, y solia decirles en broma que una vez en libertad, los haria crucificar á todos (4). Entre tanto, el recuerdo de Roma asaltaba continuamente su ánimo y le traia á la mente las luchas y enemistades que en ella habia dejado. Muchas veces se le oia decir: "¡Cuánto se alegrará Craso de saber que estoy en esta situacion (5)!"

Apénas recibió de Mileto y otras ciudades su rescate, lo pagó, y desembarcó al punto en la costa, apresuróse á armar unas cuantas naves, impaciente por vengarse. Sorprendidos á la ancla en la rada de la isla, casi todos los piratas fueron hechos prisioneros, y el botin que llevaban cayó íntegro en sus manos. Metióles provisionalmente en la cárcel de Pérgamo, para entregarlos á Junio Silano, procónsul de Asia, á quien competia castigarlos, el cual, como tratase de venderlos para lucrarse con ellos, dió una respuesta evasiva, con lo que César se volvió á Pérgamo y los hizo crucificar (6).

(1) Poliano, *Estratagemas*, VII, xxiii.

(2) Suetonio, *César*, IV.

(3) Veleyo Patérculo, II, xli.

(4) Plutarco, *César*, II.

(5) Plutarco, *Crassus*, VIII.

(6) Suetonio señala como un acto de humanidad que solo sus cadáveres fueron crucificados, por haberlos César mandado agarrotar ántes para abreviar su agonía. (Suetonio, *César*, LXXIV.—Veleyo Patérculo, II, xlii).

De allí pasó á Rodas con objeto de seguir las lecciones de Apolonio Molon, el mas ilustre de los maestros de elocuencia de aquella época, que ya habia ido á Roma en 672, como embajador de los Rodios. Por entónces, el procónsul M. Aurelio Cotta, uno de sus tios, habia sido nombrado gobernador de la Bitinia, legada por Nicomedes al pueblo romano, y encargado con Lúculo de oponerse á las nuevas invasiones de Mitrídates. Cotta, batido por mar y tierra junto á Calcedonia, se encontraba en grande aprieto, y Mitrídates avanzaba contra Cicica, ciudad aliada que Lúculo libertó mas adelante, mientras por otra parte un teniente del rey de Ponto, Eumaco, talaba la Frigia, donde mataron todos los Romanos y se apoderaba de varias provincias del Asia Menor. El estruendo de la guerra y los peligros que corrian los aliados, arrancaron á César á sus estudios, y trasladándose á Asia, levantó tropas por su propia autoridad, arrojó de la provincia al gobernador del rey, y mantuvo en la obediencia las ciudades cuya fidelidad parecia dudosa, ó realmente lo era (1).

VI. Mientras estaba guerreando en las costas de Asia, no le olvidaban en Roma sus amigos, y penetrados de la importancia que tenia para César estar revestido de un carácter sagrado, le hicieron nombrar pontífice en lugar de su tio L. Aurelio Cotta, cónsul en 680, y que murió de repente en la Galia al año siguiente (2).

Esta circunstancia le obligó á volver á Roma, y como continuasen infestando el mar los piratas, que debian guardarle rencor por la muerte dada á sus compañeros, con objeto de evitar mas fácilmente su encuentro, cruzó el golfo Adriático en una lancha de cuatro remos, acompañado solamente de dos amigos y diez esclavos (3). Durante la travesía, creyendo divisar unas velas en el horizonte, empuñó su espada decidido á vender cara su vida, pero no se realizaron sus temores, y arribó sano y salvo á Italia.

Apénas de regreso en Roma, fué elegido tribuno militar, venciendo por una gran mayoría á su rival C. Popilio (4). Aquel grado ya elevado, pues daba el mando de sobre mil hombres, era el primer escalon, al cual llegaban fácilmente los jóvenes de la nobleza, ya por me-

(1) Suetonio, *César*, iv.

(2) Veleyo Patérculo, II, XLIII.—Asconio, *Sobre la oracion de Ciceron* "In Pisonem," edic. Orelli.

(3) Veleyo Patérculo, II, LIII.

(4) Suetonio, *César*, v.—Plutarco, *César*, v.

dio de la eleccion, ya por designacion de los generales (1). No parece que César se aprovechara de aquella nueva posicion para tomar parte en las importantes guerras en que estaba empeñada la República, y sin embargo, por todas partes resonaba el estruendo de las armas.

En España, Sertorio continuaba con fortuna la guerra comenzada desde el 674 contra los tenientes de Sila. Habiéndosele incorporado en 677, Perpenna, al frente de treinta cohortes (2), habia formado un ejército formidable, sostenido con energía la bandera de Mario y dado á una reunion de trescientos Romanos el nombre de *Senado*. Vencedor de Metelo por espacio de muchos años, Sertorio, dotado de un gran genio militar, posesionado de una influencia decisiva sobre los Celtiberos y los Lusitanos, dueño de los desfiladeros (3), pensaba por entónces en trasmontar los Alpes, y ya los Españoles le daban el nombre de *segundo Aníbal*, cuando Pompeyo, enviado apresuradamente á España, fué á reforzar el ejército de Metelo, á quitar á Sertorio toda esperanza de penetrar en Italia y aun á rechazarle á gran distancia de los Pirineos. No bastaron empero los esfuerzos de los dos generales reunidos para sojuzgar á España, que en 680, Sertorio habia conquistado casi enteramente; pero poco despues de aquella época, sus tenientes experimentaron algunos descalabros, hubo en su ejército grandes deserciones, y él mismo perdió mucha parte de su confianza. Aún hubiera resistido, sin embargo, mucho tiempo, si Perpenna con infame traicion, no le hubiera hecho asesinar. No aprovechó á su autor aquel asesinato, pues aunque Perpenna sucedió á Sertorio en el mando de las tropas, objeto infeliz de su odio y su desprecio, vencido en breve y hecho prisionero por Pompeyo, murió degollado. Así concluyó en 682, la guerra de España.

En Asia, Lúculo continuaba tambien con fortuna la campaña con-

(1) Los tribunos nombrados á propuesta de los generales, se llamaban comunmente *rufuli*, porque fueron establecidos por la ley de Rutilio Rufo; los tribunos militares elegidos por el pueblo, se denominaban *comitiati*, y se reputaban verdaderos magistrados.—Pseudo-Asconio, *Comentarios sobre la primera oracion de Ciceron contra Verres*, p. 142, edic. Orelli; y Festo, en la voz *Rufuli*, p. 261, edic. Muller.

(2) Plutarco, *Sertorio*, xv y xvi.

(3) "El enemigo era ya dueño de los desfiladeros que conducen á Italia; desde la falda de los Alpes, Pompeyo le fué arrollando hasta España."—Salustio, *Carta de Pompeyo al senado*.

tra Mitridates, el cual sostenia animosamente la lucha, y habia conseguido abrir tratos con Sertorio. Lúculo le derrotó en Capadocia (683), y le obligó á refugiarse en la corte de Tigranes, su yerno, rey de Armenia, que pronto sufrió una sangrienta derrota y perdió su capital Tigranocertes.

En Oriente, los bárbaros infestaban las fronteras de la Macedonia; los piratas de la Cilicia recorrían impunemente todos los mares, y los Cretenses volaban á las armas para defender su independencia.

La guerra de los esclavos desgarraba á Italia. A pesar de la sangrienta represión de la insurrección de Sicilia, de 620 á 623, aquella clase desheredada se sublevaba de nuevo, penetrada del sentimiento de su fuerza, sobre todo por el hecho de que, en los disturbios civiles, cada partido, para aumentar el número de sus parciales, la habia sucesivamente llamado á la libertad. En 681, setenta gladiadores de Cápua se rebelaron á la voz de su caudillo Espartaco, antiguo soldado hecho prisionero y vendido luego como esclavo. En ménos de un año tomó tal incremento su gente, que se necesitaron para combatirle ejércitos consulares, y que vencedor en el Piceno, tuvo por un momento la idea de marchar sobre Roma al frente de cuarenta mil hombres (1). Forzado empero á retirarse al mediodía de Italia, luchó dos años con buen éxito contra las fuerzas romanas, cuando por fin, en 683, Licinio Craso, al frente de ocho legiones, le derrotó en Apulia. Espartaco murió en la batalla y el resto del ejército de los esclavos se dividió en cuatro cuerpos, uno de los cuales, en su retirada hácia la Galia, fué fácilmente dispersado por Pompeyo, que volvia de España. Los seis mil prisioneros cogidos en la batalla que se dió en Apulia, fueron ahorcados por todo lo largo del camino de Cápua á Roma.

No faltaban, pues, á César ocasiones de perfeccionarse en el oficio de las armas, pero se comprende su inacción considerando que los partidarios de Sila estaban solos al frente de los ejércitos: en España, Metelo y Pompeyo; el primero cuñado del dictador; el segundo, su mejor teniente tiempo atrás; en Italia, Craso, enemigo de César, é igualmente adicto al partido de Sila; en Asia, Lúculo, antiguo amigo del dictador, que le habia dedicado sus Memorias (2). César encontraba, pues, por do quiera, ó una causa que no queria defender, ó un

(1) Velejo Patérculo, II, xxx; y 100,000, segun Apiano, *Guerras civiles*, cxvii.

(2) Plutarco, *Lúculo*, viii.

general á cuyas órdenes no queria servir. En España, sin embargo, Sertorio representaba el partido que de mejor gana hubiera abrazado; pero César miraba con horror las guerras civiles, y sin dejar por eso de permanecer fiel á sus convicciones, parece evidente que en los primeros años de su carrera, evitó con particular cuidado levantar entre sus adversarios y él la insuperable barrera que separa siempre, despues de la sangre derramada, á los hijos de una misma patria, poniendo un vivo empeño en conservar á sus altos destinos un pasado puro de toda violencia, á fin de poder en lo futuro, en vez de ser un hombre de partido, reunir en torno suyo á todos los buenos ciudadanos.

En todas partes habia triunfado la República; pero faltábale contar con los generales vencedores, y léjos de ello, hallábase en presencia de Craso y de Pompeyo, que ufanos con sus triunfos, avanzaban sobre Roma al frente de sus ejércitos, resueltos á pedir ó á usurpar el poder. Poco tranquilo debia estar el senado en punto á las intenciones de este último, que tiempo atrás habia enviado de España una carta arrogante, en la que amenazaba á su patria con el rigor de su espada, si no se le enviaban los recursos necesarios para sostener la guerra contra Sertorio (1). La misma ambicion animaba á Pompeyo y á Craso; ninguno de los dos queria ser el primero en licenciar su ejército: uno y otro, en efecto, llevaron el suyo á las puertas de la ciudad. Elegidos cónsules ambos, admitidos al triunfo y obligados por los augurios y la opinion pública á reconciliarse, se alargaron la mano, licenciaron sus tropas, y por algun tiempo la República recobró una inesperada calma (2).

(1) Salustio, *Fragments*, III, 258.

(2) Apiano, *Guerras civiles*, I, xiv, 121.